

NOVELAS EMOCIONANTES COMPLETAS

15
CTS

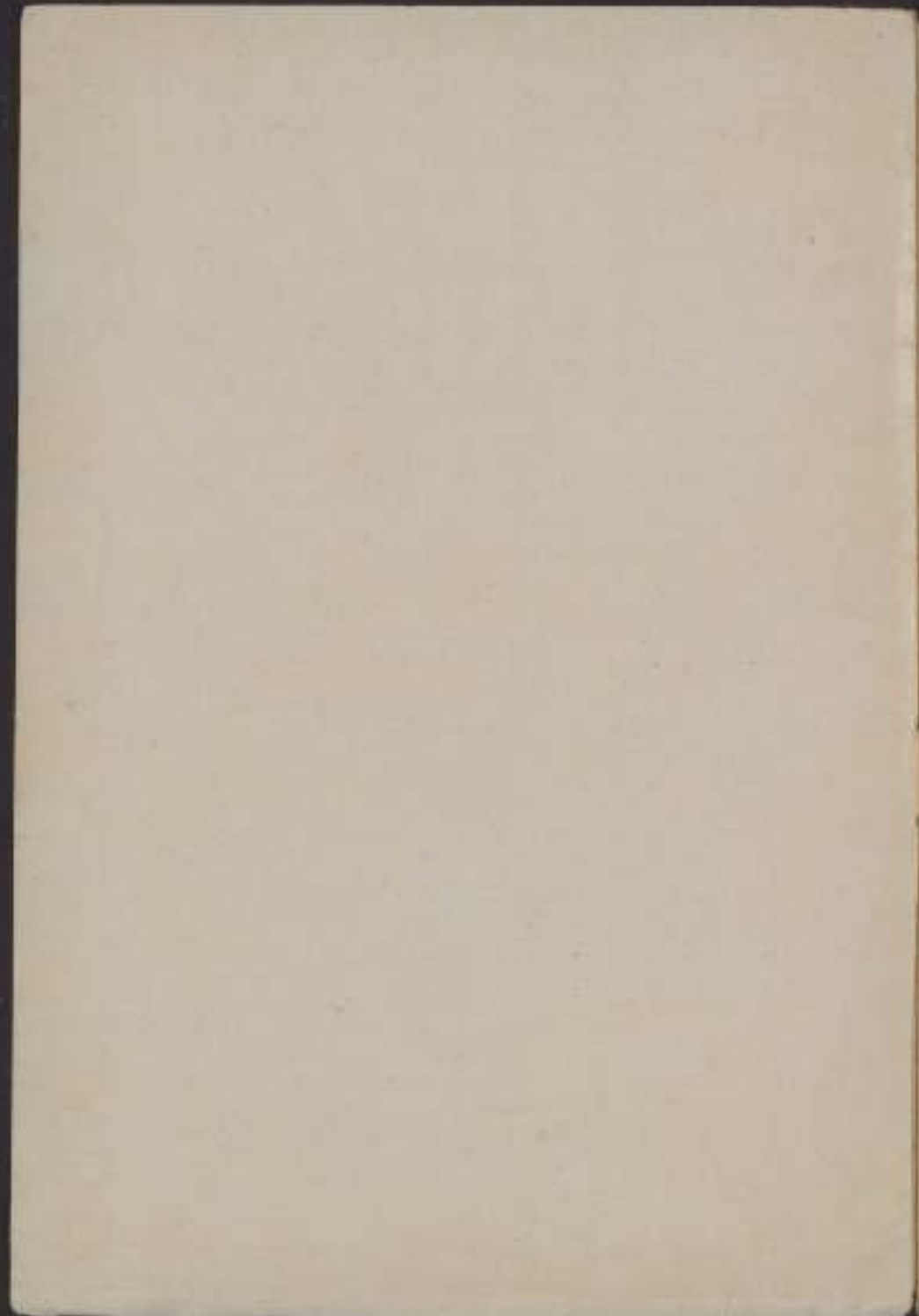
COWBOYS Y DETECTIVES

N.
12

Farsa contra farsa

Ralph Morgan
Sally Blane
Viktor Jory





Cowboys y Detectives

Publicación semanal de asuntos sensacionales

Ediciones HSTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis. — Teléfono 18841

BARCELONA

Número 13

15 céntimos

Farsa contra farsa

Inteligente asunto, interpretado por Ralph Morgan, Sally Stone, Victor Jory, etc.

Es un film FOX

(Oro de ley de la pantalla)

Distribuido por

Hispano Foxfilm, S. A. E.

Valencia, 280. — BARCELONA

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

I

Azah, el famoso vidente, daba una sesión de espiritismo en su imponente residencia, un gran castillo que se alzaba al borde de un precipicio.

Asistían a la sesión Constanacia y su padre Juan Russel.

La esposa de éste había muerto en fecha reciente y la amaba tanto, que lo intentaba todo para seguir en comunicación con ella.

Azah, en trance, y haciendo esfuerzos sobrehumanos, había invocado el espíritu de la señora Russel, cuya voz no tardó en oírse.

Conversó su esposo con ella y de pronto se encandieron las luces y Azah dió muestras de invencible fatiga, desplomándose en el suelo.

—Siga usted—suplicó Russel.

—Imposible—repuso el vidente—. Estoy sumamente fatigado.

—Déjalo, papá—dijo Constanacia—. En otra sesión continuaremos.

Y se marcharon.

Al día siguiente, los periódicos daban cuenta de que en medio de la calle había aparecido el cadáver de una hermosa muchacha llamada Evelin y que trabajaba por teatros y circos en compañía del transformista e ilusionista La Tour.

Un joven se interesó grandemente por este crimen. Se llamaba

David y era periodista. Conocía a Evelin y creía tener pruebas acerca del asesino de Evelin, cuya muerte aparecía envuelta en el mayor misterio.

David se dirigió al castillo de Azah.

Llamó a la puerta y se abrió un ventanillo, a través del cual preguntó una voz que parecía de ultratumba:

—¿Quién es usted?

—Soy periodista—repuso David—y tengo interés en hablar con el dueño de esta casa.

El ventanillo se volvió a cerrar y la puerta no se abrió.



...desplomándose en el suelo.

En su laboratorio, el doctor Metz, colaborador de Azah, había visto a David cuando llamaba a la puerta. El podía ver desde aquella habitación todo cuanto ocurría en el castillo y en sus alrededores, gracias a complicadas combinaciones de lentes y tabas inventados por él mismo.

Todo el castillo estaba lleno de secretos y trucos dispuestos para sorprender y embaucar a los clientes de Azah, y todo funcionaba mediante palancas que se movían en el laboratorio. El doctor Metz era el inventor de aquellas máquinas que levantaban los techos, abrían los suelos, corrían los muebles sin ruido y con

gran rapidez de un lado a otro y convertían, en fin, aquella casa en un antro de inquietud y de misterio.

David, al ver que no le abrían, decidió entrar por una ventana, y como era fuerte y ágil, logró saltar al interior del edificio.

Al ruido acudió Jonny, ayudante de Azah, que había sido boxeador en sus buenos tiempos y cuyos puños eran un descanso para el vidente cuando se presentaba alguna complicación.

Inmediatamente, y también atraído por el ruido de la caída, se presentó Azah.

David se puso en pie de un salto al verle.

—Usted es Azah, ¿verdad?—preguntó.

—El mismo—repuso el vidente.

—Pues prepárese a ir a la cárcel. Tengo pruebas de que usted es el asesino de Evelin. La víctima tenía en su poder varios cheques firmados por usted y he hecho mis deducciones.

Y sacó los cheques para que Azah viera su firma. El vidente sonrió con indiferencia.

Esto exasperó más aún a David, que dijo amenazadamente a Azah:

—Y he de hacerle una advertencia. Constanza Russel es mi novia y sé que viene aquí a dejarse embaucar por usted. Como le pase algo, le aseguro que le penará.

El vidente se marchó después de confundir a David con una sonrisa burlana y momentos después se estableció una lucha encarnizada entre el periodista y Jonny, de la cual resultó que aquél se quedó sin los cheques y el ayudante de Azah desapareció.

De pronto, y sin saber cómo, se encontró David en otra habitación donde estaba su novia.

—¿Qué haces aquí, Constanza?

—He venido con mi padre.

—Hacéis mal en venir. Este hombre es el que ha matado a Evelin y tu vida corre peligro en esta casa.

—Estás muy equivocado, David. Azah no merece que se hable así de él. Yo vengo aquí porque mi padre lo desea y yo también.

Dicho esto se marchó.

David fué a seguirla, pero en este momento vió a Jonny y como se había dado cuenta de que le había arrebatado los cheques, se abalanzó sobre él y la lucha se repitió.

Rodaron por una corta escalera que conducía a la habitación

contigua, y Jonny logró tocar un resorte que hizo desaparecer el suelo de dicha habitación.

De pronto se oyó la voz de Azah:

—¡Quietas!

Los contendientes suspendieron la lucha y el asombro de David no tuvo límites al ver que Azah iba hacia él a través de aquella habitación que no tenía suelo. Andaba por el aire. Cuando menos, así lo parecía.

—¡Quiere que deje usted en paz a mi novia!—repitió David enérgicamente.



Azah fué a reunirse con Constanza.

Azah sonrió.

—Si quiere vaya por ella. Está al otro lado de la habitación. ¿Cómo iba a atreverse David a cruzar aquel abismo?

En estas vacilaciones se hallaba, cuando vio que Azah se marchaba a través de una pared y que Jonny desaparecía como por encanto. Azah fué a reunirse con Constanza.

Al quedarse solo se preguntó qué debía hacer en aquella caza encantada.

Y aun no había tenido tiempo de contestarse a esta pregunta, cuando la alfombra sobre la que se hallaba empezó a deslizarse rápidamente y ya no paró hasta que David se encontró a la puerta

de la calle, sin que él mismo pudiera darse cuenta de cómo había salido.

II

En aquel momento llamaba a la puerta Denson, el detective. El ventanillo se abrió y Jonny miró a través de él.

Al ver a Denson, que había sido un antiguo colega suyo en el deporte del boxen, se apresuró a abrirle la puerta.

—¡Hola, hombre! ¿Tú por aquí?

El detective se quedó también muy sorprendido al ver a Jonny.

—No esperaba encontrarte en esta casa. ¿Qué haces aquí?

—Soy ayudante de Azah. ¿Y tú a qué has venido?

—Necesito hablar con tu jefe.

—Ahora mismo voy a avisarlo.

Cuando Azah vió al detective experimentó cierta inquietud. No le gustaba que la policía entrara en la casa de los misterios, sin duda para que no se descubriera que no había en ella nada misterioso.

—Vengo por el asunto de Evelin —dijo Denson—. Creo que usted sabe algo de esa muchacha.

—Sé toda lo que usted desea descubrir. Y si quiere usted conocer al asesino, no tiene más que asistir a una sesión que tengo anunciada para mañana y a la que he invitado a distinguidas personalidades.

—Asistirá, pero tomando todas las medidas necesarias. Y, desde luego, queda usted detenido en su domicilio y montaré una estrecha vigilancia.

—Puede usted hacer lo que guste.

La conversación fue interrumpida por la llegada de La Tour, el ilusionista con el cual trabajaba Evelin.

—¿Qué te trae por aquí, maestro?—le preguntó Azah.

—He venido porque me he enterado de que vas a dar una sesión en la que se aclarará el misterio de la muerte de Evelin. Te recomiendo que no lo hagas, porque vas a fracasar y perderás toda tu clientela.

Azah sonrió burlescamente.

—¿Crees que estamos aún en aquellos tiempos en que tú eras maestro mío? Ahora el discípulo puede darle lecciones al profesor, y te lo voy a demostrar.

Y empezó a hacerle prodigiosos juegos de manos, a los que La

Tour replicó con otros que produjeron igualmente el asombro de los presentes.

—Daré la sesión—afirmó Azah—, y quedas invitado.

Llegaron en este momento Constanca y su padre, que se despidieron de Azah.

La Tour dirigió a Constanca una mirada ávida e intensa y con disimulo se acercó a una ventana desde donde hizo una seña a un jorobado que estaba en el exterior.

Constancia y su padre salieron del castillo y tomaron el taxi que los esperaba a la puerta.

Pero cuando ya había arrancado el auto, se dieron cuenta de que les habían tendido una celada.

Logró la joven impedir que la amordazaran y empezó a dar gritos, los cuales atrajeron a los que estaban en el castillo.

Todos menos La Tour salieron en persecución del taxi en un auto de Azah, y lograron alcanzarle, pero no coger a los raptos, que se habían dado a la fuga dejando abandonado el taxi, al ver que sus perseguidores les daban alcance.

El detective y Azah auxiliaron a la joven y a su padre, el cual estaba amordazado.

—Han sido un jorobado y otro que tenía cara de chino—explicó Constanca.

—¿Un jorobado?—preguntó Azah—. Ya sé quién es el que ha tramado todo esto.

Y sin decir más volvieron a la casa.

III

Suenan pausadamente doce campanadas en el reloj de una torre. El misterioso castillo de Azah levanta su silueta fantástica entre las tinieblas de la noche. Es la hora marcada por el vidente para efectuar la experiencia. Llegan uno a uno los invitados a la sesión y se instalan en la gran sala.

Allí se encuentran: Constanca, su padre, La Tour, el profesor Kin, el doctor Figueras y Danson, el detective, que ha ido acompañado por dos policías y los ha instalado estratégicamente, ocupando las salidas del salón, en previsión de lo que pueda ocurrir.

Aparece, sin que los presentes se den cuenta de dónde ha salido, la figura de Azah, tocado con un turbante.

—Va a dar comienzo la experiencia—dice—. Ruego guarden

silencio. Voy a invocar al espíritu de Evelin y él nos comunicará quién la asesinó.

—¿Cree usted realmente, Azah—interrumpió La Tour en son de burla—que se manifestará el espíritu de Evelin?

—Estoy seguro.

—Bien. ¿Me permite examinar el sillón donde ha de estar usted sentado?

—No hay inconveniente.

Cuando La Tour hubo examinado el sillón, preguntó:

—¿Le será lo mismo efectuar la prueba sentado en esta otra butaca?

—¿Por qué no?

—También le ruego me permita amordazarlo. La ventriloquía es don de mortales.

—Accedo. Y si quiere, puede atarme al sillón. Pero antes ruego a todos los que posean armas que las entreguen al detective.

Nadie se movió.

—Entonces procederé a registrarlos—dijo el detective adelantándose hacia los invitados.

La Tour, antes de dejarse registrar, entregó su pistola automática, y lo mismo hicieron el doctor, el profesor y el padre de Constanza.

Azah declaró:

—Todavía quedan armas. Si no las entregan no efectuaré la sesión.

La Tour sonrió imperceptiblemente.

Y Constanza abrió su bolso y entregó una pequeña browning al detective, al mismo tiempo que se excusaba:

—Después del intento de secuestro de esta tarde, he creído conveniente estar prevenida.

El detective reunió las armas. Llamó a un agente de los que le acompañaban y le entregó el pequeño arsenal.

Pero Azah se acercó a La Tour, y como por arte de magia le sacó de debajo del chaleco una soberbia pistola, que unió a las armas.

—¿Y a usted no lo registran?—preguntó La Tour.

—Pueden hacerlo—contestó Azah.

La Tour le registró y, no encontrando arma alguna, procedió a amordazar al vidente y a atarlo al sillón.

Maxie, la ayudante de Azah, se situó cerca de su maestro.

Y dió comienzo la sesión.

Se apagaron las luces y unos giróscopos de luz débil comenzaron a funcionar. Todas las miradas se concentraron en los aparatos giratorios, y una voz misteriosa fué contando pausadamente: una..., dos..., tres..., hasta veinte, que era cuando el espíritu debía manifestarse.

El doctor Figueras debía auscultar al vidente, por si su esfuerzo ponía en peligro su vida.

Se acercó a él, y al tomarle el pulso notó que no le latía.

Dió un grito:



Y Constancia abrió su bolso y entregó una diminuta litowing al detective.

— ¡Está muerto!

— ¡Luces, luces! — gritaron todos.

Se encendieron las luces y todos, mudos de terror, vieron la figura de Azah sentada en el sillón, con la cabeza abatida sobre el pecho. El detective se acercó rápidamente y levantó la cabeza del muerto.

Una exclamación partió de los labios de todos:

— ¡La Tour!

Efectivamente, el muerto era La Tour, y no el vidente.

El detective exclamó enérgicamente:

—¿Que nadie se mueva de su sitio!

Y preguntó a Azah, que aparecía sentado en el sillón que antes ocupaba La Tour:

—¿No estaba usted sentado en ese sillón?

—Sí. Pero cambié de sitio. Ya le explicaré.

El detective ordenó a los invitados se reunieran en la biblioteca y llamó a los agentes para que se llevaran el cadáver. Los policías cogieron al muerto y lo depositaron en otra habitación, sobre un diván. El detective pasó a la biblioteca donde todos los invitados estaban ya reunidos, y comenzó por interrogar al doctor:

—¿De qué ha muerto?

—Tenía atravesado el corazón por algo como una aguja o punzón muy fino. Así se explica que no le haya salido sangre de la herida.

Azah y Mazie se quedaron en la sala de experiencias y la joven, que estaba junto a la puerta, oyó las palabras del doctor.

Se alejó de la puerta y se acercó a una mesita donde Azah había dejado el turbante. Disimuladamente se apoderó de un gran alfiler que lo sujetaba y salió del salón.

Entonces apareció el detective y dijo a Azah:

—Ha muerto a causa de un pinchazo que le atravesó el corazón. Si me lo permite, inspeccionaré la casa.

Y salió de la estancia.

Azah, rápidamente, fue hacia la mesita donde estaba su turbante y se quedó muy sorprendido al notar la falta del alfiler.

Se agachó y empezó a buscarlo por el suelo. En este momento entró silenciosamente Mazie. En la mano llevaba el alfiler que él buscaba. Se levantó y fue hacia ella, pero al oír los pasos del detective, Mazie y su maestra pasaron a la habitación contigua, donde los policías habían dejado el cadáver.

Sin mediar palabra entre ellos, Mazie se acercó al diván en que estaba depositado el muerto y con un gran esfuerzo, levantó el asiento y arrojó debajo el alfiler.

—¿Has sido tú?— preguntó Azah al ver la maniobra.

—No, maestro—repuso ella muy sorprendida—. Creo que había sido usted.

No pudieron seguir hablando, porque entró el detective.

—Voy a llevármelos detenidos a todos—dijo el teniente Donson—. Acompañenme al otro salón.

Y el vidente y su ayudante obedecieron.

IV

Los agentes que vigilaban el pasillo vieron cómo una sombra lo cruzaba. Corrieron hacia ella y pudieron comprobar que era un hombre que huía. Era Jonny, el ayudante de Azah, que no queriendo aparecer complicado en el asunto, intentaba escapar.

Los agentes lo siguieron, pero Jonny, conocedor de la casa, se encerró en una habitación que los policías no pudieron abrir por más esfuerzos que hicieron.

Se quedó uno de guardia ante la puerta y el otro fué a avisar al detective, pero, de pronto, dió un salto para arrimarse a la pared, y allí permaneció observando.

Una ventana que daba al pasillo donde se encontraba, se abrió con lentitud. Apareció una figura horrible, contrachecha, que saltó al interior. Era un jorobado. Tras él entró un chino.

El policía sacó el revólver y, al grito de "manos arriba", corrió hacia los intrusos, pero éstos desaparecieron rápidamente por una de las innumerables puertas que daban al larguísimo corredor. El policía les siguió velozmente y llamó a su compañero, que se unió a él.

Entonces se abrió la puerta de la habitación en donde se había escondido Jonny, el ayudante, y éste salió, con todo género de precauciones, y se dirigió por el pasillo hacia la habitación donde estaba el muerto.

Al entrar ahogó un grito de horror y de sorpresa.

El cadáver hacía un leve movimiento. Después, la mano que tenía sobre el pecho resbaló pausadamente y quedó colgando fuera del diván. Por fin, sacudido por una convulsión, rodó por el suelo y allí quedó inmóvil.

Pero en seguida recuperó la tranquilidad el ayudante. Lo que creía un milagro, sólo se debía a que alguien, oculto bajo el asiento del diván, había levantado la tapa poco a poco y había hecho caer al suelo el cadáver.

Tuvo el tiempo justo para ocultarse tras un portier.

Del fondo del diván salió David, llevando en la mano el alfiler que momentos antes había intentado ocultar Mazie, arrojándolo precisamente en sus manos.

Examinó el objeto y se lo guardó.

Iba a salir con precaución de la estancia, cuando recibió un

fuerte empujón que le hizo perder el equilibrio y rodar por el suelo. Una figura humana se arrojó sobre él, pero el joven, rápidamente, se puso en pie y recibió al agresor con un tremendo puñetazo. Jonny, que no era otro el rival, recibió el castigo en plena cara, pero, como boxeador que era, no le causó gran efecto el golpe y se abalanzó nuevamente sobre David. Abrazados en furiosa lucha, rodaron por la estancia y, de pronto, el piso se abrió bajo el peso de sus cuerpos. Jonny, que conocía la trampa, tuvo tiempo de agarrarse fuertemente del cercano portier y quedó colgando, pero David cayó pesadamente en el fondo del foso. No perdió el conocimiento ni la serenidad y se incorporó rápidamente. Echó una ojeada a su alrededor y vióse rodeado de móviles esqueletos que tendían hacia él sus huesudas manos. No se amilanó por ello y la emprendió a puñetazos y puntapiés con sus nuevos enemigos, que a cada golpe perdían algún miembro de su rígido armazón.

Jonny consiguió, con una flexión, encaramarse al piso y, después de apretar un botón que había en la pared, convenientemente disimulado, salió de la estancia mientras las puertas de la misma se cerraban pausada y silenciosamente.

Apenas quedó la estancia sola aparecieron entre la abertura de un portier dos siniestras cabezas, la del chino y la del jorobado, que, con ojos dilatados, examinaron el recinto. Descubrieron el cadáver en el suelo y, saliendo de detrás de la cortina, se aproximaron a él. Lo cogieron, el jorobado por los pies y el chino por los brazos, y fueron hacia la salida, pero en este preciso momento oyeron pasos y, sin saltar el cadáver, volvieron atrás con la intención de ocultarse. Pero su mala fortuna quiso que pisaran el resorte de la trampa. Se abrió ésta y los tres cuerpos desaparecieron como devorados por ella.

Irrompieron en el salón Azah y Mazie.

—Como ahora vienen los invitados hacia aquí—dijo el vi-dente—, voy a ocultarme en el diván por si dicen algo interesante.

Se ocultó y ya iba a salir Mazie cuando entraron los invitados.

De pronto oyeron voces y algo así como un fragor de lucha.

Era David, que, cuando se creía libre de enemigos, se vió sorprendido por la caída de los cuerpos del cadáver, del jorobado y del chino. Inmediatamente empezó a luchar con ellos, primero silenciosamente, pero después, cuando las fuerzas unidas de sus dos enemigos le hicieron temer por su vida, comenzó a dar

fuertes voces sin dejar de luchar, voces que fueron oídas por quienes en aquel momento entraban en el salón.

V

Los policías registraron toda la casa en busca del misterioso jarobado y del siniestro chino, y ya desesperaban de dar con ellos, cuando decidieron extender su búsqueda a los salones centrales y en el momento que entraban en ellos fué cuando llegaron a sus oídos las voces lanzadas por David. Corrieron hacia la habitación de donde partían y al verla invadida por los invitados, apuntaron a éstos con sus pistolas. Como las voces continuaban, un policía se acercó a la trampa y, al pisarla, ésta se abrió. El agente cayó al foso y su cuerpo tropezó con el del chino que, asustado, levantó las manos, dejando de luchar. El policía, repuesto rápidamente de su sorpresa y de su caída, apuntó al chino y después, ayudado por David, redujo al jarobado.

Los sacaron de la trampa.

Constancia, al ver a su amado con las ropas en desorden y su lamentable aspecto a consecuencia de la lucha, gritó, abrazándose a él:

—¡David! ¿Estás herido?

—No, amada mía—repuso el joven—. No es nada.

El detective llegó en este momento y al ver a tres nuevos personajes mezclados con los invitados, aumentó su perplejidad.

—¿Quiénes son éstos?—preguntó a los policías.

—No sabemos. Estaban encerrados en un sótano y luchar como demonios.

David explicó al detective:

—Estaba escondido en este diván y al salir me vi atacado por alguien que consiguió arrojarme a la trampa. Después estos dos individuos—y señalaba al jarobado y al chino—cayeron. No tuve más remedio que defenderme.

—¿Dónde estaba usted escondido?—preguntó el detective.

—Aquí—repuso David levantando el asiento del diván.

Y ante el asombro general, del fondo del mismo salió Azah.

—¿Qué hacía usted ahí?—preguntó el detective.

—Me escondí—declaró Azah—, para ayudarlo. Creí que desde mi escondrijo sorprendería alguna conversación interesante.

—La Tour—dijo entonces David—, ha sido asesinado con este alfiler.

Y mostró al detective la aguja que tenía guardada.

—Este alfiler era de su turbante, Azah—dijo el detective—. Queda usted detenido.

—Está bien—repuso Azah sin alterarse—, pero antes ruego a usted que me deje efectuar la sesión que no he podido terminar.

El detective accedió a que se efectuara la interrumpida experiencia y pasaron todos al gran salón.

Quedó la estancia en tinieblas. Repitiéndose todo como la primera vez... Los giróscopos luminaban. La voz misteriosa contó rítmicamente. Al llegar a veinte, en el fondo de la sala se



—Estaba escondido en este diván y al salir me vi atacado...

comenzó a percibir como un resplandor que fué aumentando hasta que se destacó la silueta de una bella muchacha: Evelyn.

Todos escucharon atentamente cuando Azah preguntó:

—¿Quién eres?

—Soy el espíritu de Evelyn Maxwell. Me has llamado y acudo a tu llamada.

—Dime, Evelyn. Cuéntame tu historia... ¿Puedes?

—Sí—contestó el espíritu.

El auditorio permanecía sobrecogido por la emoción.

—Yo fui ayudante del gran ilusionista La Tour—dijo la voz lejana de la bella joven—. Recorrimos el mundo. El cosechaba

éxito. Yo, regada tal vez por su prestigio y también por el cariño que me demostraba, me enamoré de él. Un día fui suya... y cuando le anuncié que nuestro amor iba a ultimar la bendición de un nuevo ser, se puso furioso y noté tal cambio en él, que le amenacé con denunciarle todo a mi padre para que éste le exigiera se casara conmigo. Pareció ablandarse: "No necesitas hacer nada de eso—me dijo—. Me casaré contigo. Mi arretrato no ha sido por falta de amor hacia ti. Es que tenemos firmados contratos durante un año y lo que me dices implica que tendré que rescindir algunos, satisfaciendo la consiguiente indemnización". Yo creí que hablaba de buena fe. Pero como pasaba el tiempo y La Tour no cumplía su promesa, le dije que no quería esperar más, y que contaría a mi padre lo ocurrido para que lo denunciara o me vengase. Entonces, el canalla me amenazó con matarme..."

Al llegar a este punto del emocionante relato, el doctor Figueroa exclamó:

—¡Evelin, hija mía!

Y sin que nadie lo pudiera impedir, corrió hacia la joven.

Entonces tropezó con un cristal que se rompió y las luces se encendieron automáticamente.

* * *

El detective le cogió de un brazo.

—¿Pero qué hace usted?

—Es mi hija. Es ella. Su misma voz. Debí suponer que el asesino era ese canalla de La Tour.

Estaba sumamente excitado.

—Pero ¿usted no es el doctor Figueroa?

—No—confesó el cuitado—. Yo soy el padre de Evelin. La Tour me trajo aquí haciéndome pasar por doctor para que matara a Azah, pues me hizo creer que él era el asesino de mi hija.

—Entonces ¿usted ha matado a La Tour?—inquirió el detective.

—Sí—confesó el padre de Evelin—. Creyendo matar a otro lo he matado a él. He sido justo sin saberlo.

A todo esto, al encenderse las luces, había podido verse que Mazie se quitaba una peluca negra con la que se había hecho pasar por el espíritu de Evelin.

Pero a Azah no le importó que le descubrieran el truco porque ya no tenía interés en ocultar nada.

A preguntas del detective, explicó el padre de Evelin que había cometido el crimen al auscultar el corazón de la persona que él creía el vidente. El aparato tenía un punzón que salía por presión de un resorte, y esta aguja fué la que produjo la muerte a La Tour.

Ahora—dijo el detective dirigiéndose a Azah—, le toca a usted explicar todo lo demás que ha ocurrido durante la sesión.

—Con mucho gusto. Escuchen ustedes. Yo sabía la historia de Evelin porque ella vino a contármela, a consultarme cuando La Tour la amenazó de muerte. Las palabras que ella pronunció



Pero a Azah no le importó que le descubrieran el truco...

en aquella entrevista son las mismas que ustedes han oído esta noche. Aparatos especiales las impresionaron en una placa y esta noche las ha reproducido un gramófono. Así se explica que el padre de Evelin haya reconocido la voz de su hija. Yo sabía que La Tour vendría a impedir que esta sesión se celebrara. Y por eso precisamente tenía yo interés en que se llevara a efecto, pues, asistiendo él, era seguro que se delataría al oír la voz de Evelin. Haciéndose pasar Marie por ella, gracias a esa persona y a que se parece bastante, la ilusión de que el espíritu de la muerta había venido a hablarnos sería perfecta. De modo, señores, que toda esta farsa no tenía más objeto que el de descubrir al asesino de

Evelin. Sospeché de La Tour y, temiendo ser atacado en la oscuridad, hice el cambio de sillones que me salvó la vida.

—¿Pero cómo pudo hacer usted eso si estaba amordazado y atado?

Apenas se apagaron las luces, Maxie me ayudó a librarme de las mordazas y de las ligaduras. Después, un resorte hizo funcionar los brazos del sillón en que La Tour estaba sentado, sujetándole fuertemente, al mismo tiempo que entre Maxie y yo le amordazábamos y a la vez también que los sillones cambiaban de sitio.

Tocó un resorte y un trozo del suelo giró de modo que los dos sillones cambiaban de lugar.

—Este cristal que se ha roto— terminó Azah—, sirve para impedir que una persona del público pueda tocar al experimentador, como ha ocurrido ahora. Maxie trabajaba detrás del cristal invisible con el que ha tropezado el padre de Evelin. ¿Desee saber algo más, señor Danson?

—No— repuso el detective—, tengo bastante. Ahora sólo me falta preguntar a estos señores qué hacen aquí.

Se refería al jorobado y al chino, los cuales confesaron que habían ido porque La Tour los obligó a que raptaran a Constantia, de la cual estaba enamorado.

Aclarado este punto la policía se llevó detenidos a los dos secuaces de La Tour, así como al padre de Evelin.

Y los invitados desfilaron, siendo los últimos en salir Constantia y David, que estaban muy enfrascados en una conversación en la que la joven prometió al periodista dos cosas: que no volvería nunca a aquella casa, y que le amaría siempre.

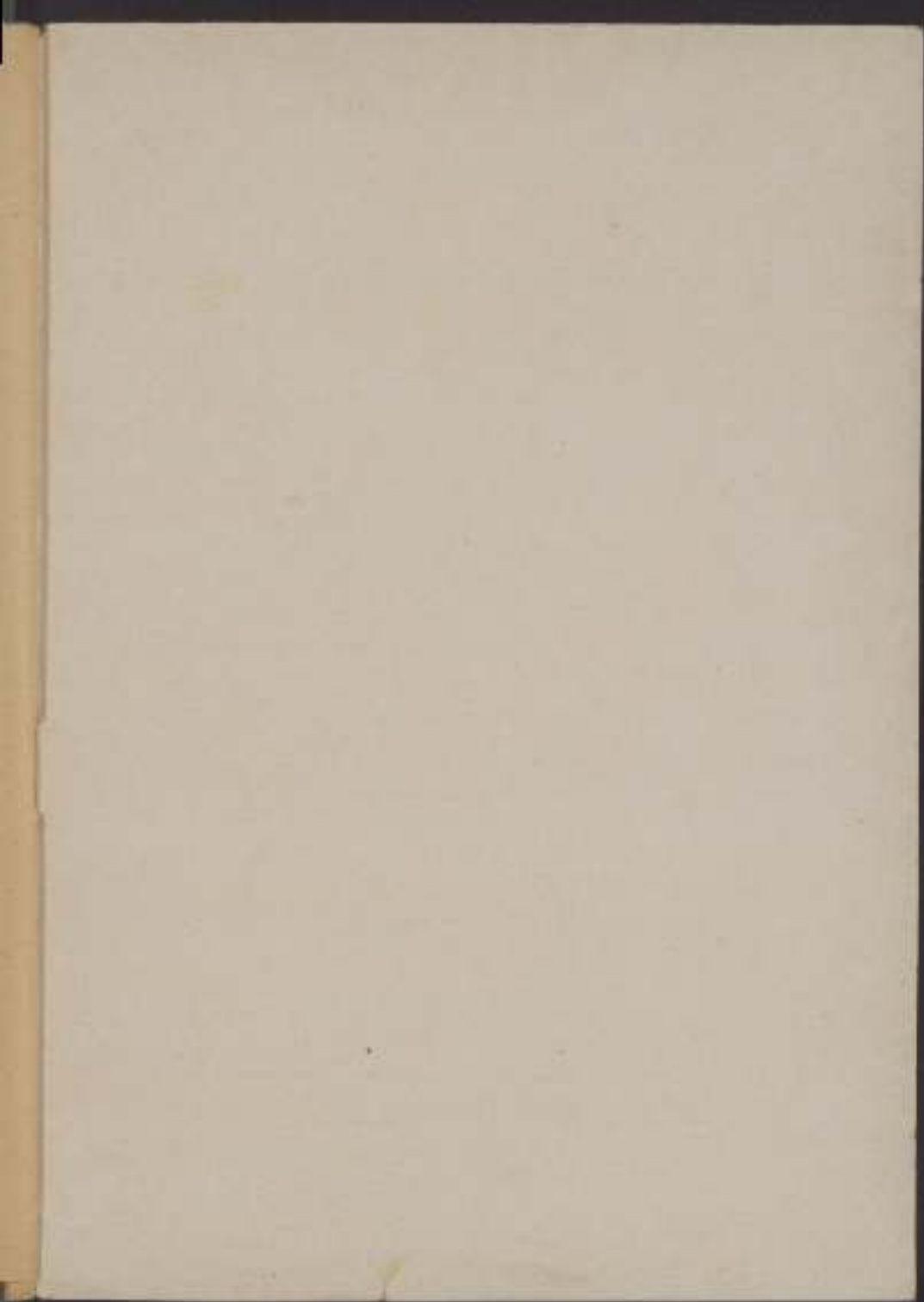
F I N

Números publicados:

VIDA AZAROSA, por George O'Brien. — EL HOMBRE DE ARIZONA, por Rex Bell. — DELIRIOS DEL TRÓPICO, por Jack Holt. — AGUILA BLANCA, por Buck Jones. — CON TARZÁN ME BASTO, por Ken Maynard. — LA SENDA DEL DIAMANTE, por Rex Bell. — EL DORADO OESTE, por Al Hoxie. — REPÓRTER DETECTIVE, por Rex Bell. — EL COFRE MISTERIOSO, por Chan (Warner Oland). — AMÉRICA SALVAJE, por el perro César.

Distribución para España: Sociedad General Española de Librería-Barbará, 13-Barcelona

Imprenta Industrial, Aribau, 133. Teléfono 76307. Barcelona.



— Las mejores novelas cinematográficas las publica

EDICIONES BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis

BARCELONA

PIDA SIEMPRE LOS SIGUIENTES TÍTULOS:

Caballistas del Oeste

Asuntos ideales para muchachos. Precio: **15 cts.**

Cowboys y Detectives

Novelas emocionantes completas. Precio: **15 cts.**

EL FILM DE HOY

Asuntos seleccionados con una postal regalo. **30 cts.**

AVENTURAS FILM

(Colección completa que consta de 67 tomos)

Los mejores caballistas. Precio: **15 céntimos.**

La Novela Cinematográfica del Hogar

(Colección completa de 180 números)

Imejorables producciones con postal regalo. **30 cts.**

LOS MEJORES FILMS

Películas de categoría. Precio: **50 céntimos.**

Éxitos Cinematográficos

Asuntos de gran relieve. Precio: **50 céntimos.**

Y LAS SELECTAS

EDICIONES ESPECIALES

Los más destacados superproducciones. **1 peseta**

Exija siempre

EDICIONES BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis - Barcelona